

El texto central de este volumen es el que le otorga su título, *Frutos extraños*. A diferencia de los demás relatos, su género es distinto: constituye una auténtica *nouvelle*, no sólo por su mayor extensión -34 páginas-, sino porque su estructura interna supera con mucho la forma del cuento en dirección a la novela. Se contiene aquí la implacable acusación contra el blanco que explota, desprecia, discrimina y abusa del negro en los Estados Unidos. Por supuesto, los hilos de la trama combinan la hebra de lo sexual con lo social y cultural, como resultaba previsible. La protagonista es mujer y negra, los verdugos son sobre todo hombres blancos. La *nouvelle* es la historia -la reconstitución de la historia- de una cantante negra, que no por ser una hermosa y espléndida cantante deja de llevar el estigma del color de su piel en su trágico destino.

Si en alguna parte de este volumen parece que el relato será literariamente sobrepasado por una voluntad ideológica de denuncia y de protesta, es en estas páginas donde ello ocurre. Se está a punto de caer en el alegato. Y sin embargo no se cae, lo cual manifiesta la buena pluma y el fuerte instinto narrativo de la autora. El texto, a pesar de bordear el precipicio, sigue siendo narrativamente autónomo, o casi lo es. La voz que habla tiene un curioso modo de hacerlo: abre ciertos paréntesis de distancia en relación a su protagonista; ésta se le acerca y se le aleja, se le vuelve más o menos interpretable, más o menos esquiva. Pero las dos voces, la que cuenta y la interpretativa, están bien tejidas entre sí.

En suma, una autora obsesionada por el destino de la mujer en un contexto social opresor bordea sin cesar el precipicio de la moraleja feminista, y, sin embargo, se las arregla para no deslizarse en la odiosa literatura de tesis.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At467-26AFAC10026>

## AURORA Y FINAL DEL DIA

De *Luis Merino Reyes*

Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1992

Existe una poética que se carga de símbolos intensificados por una carga mayor que es el lenguaje que llamamos hermético porque, en principio, nos perturba por su esquiva accesibilidad. Al otro lado de este edificio lírico que comúnmente historiamos como abstracto, la materia poética se identifica con los objetivos y las cosas más directamente relacionadas con nosotros. Es decir: con el alrededor, con aquello a lo cual basta echar una ojeada para saber qué es. Estas oposiciones de las cuales se cuelga la mayor parte de la literatura y no sólo el instrumento lírico, surgen más definidas a partir de los años cuarenta y no se han detenido hasta la fecha.

Pero distingamos: la realidad no es estática, no es tampoco aquello que está al

alcance de la mano como generalmente se cree. Por supuesto, ella se nutre también de lo que no se ve, pero que se presiente, de algo que se sabe que está ahí o más allá y a lo cual no es posible ni siquiera tocar. Pero esta circunstancia, estas dos esferas, -por ser sólo una- constituyen la realidad total para el poeta.

Luis Merino Reyes así parece haberlo comprendido cuando nos hace caminar a su lado siguiendo los instantes claros y a veces oscurecidos de este largo amor que es el tema que subsiste en *Aurora y Final del día*. El arte no es, pues, para el poeta una engañosa apariencia ni la traslación lírica del paisaje que nos rodea, ya se hable del verso tradicional o de vanguardia, sino la comunicación de una experiencia que se realiza en conjunto por el ser que la sufre y la traslada hacia el otro: el lector, que vuelve a vivirla. La poesía pasa a ser sobre todo acto de revelación de un hombre hacia otro, el cual puede sentirlo a su manera y en que, por lo tanto, toma una nueva forma dentro de la nueva vivencia, revistiéndose cada vez de distintas originalidades.

El mundo que encuentra Merino Reyes en el acto humano de tomar conciencia de lo que el hombre significa, de lo que el hombre es, no nos anuncia únicamente un cosmos de certidumbres sino de vertientes novedosas en que todo parece moverse porque todo está en estado ensayante, en un discurrir constante. Pero el poeta no es únicamente el hombre presa del asombro ante esta confusión que le impone su época. Al observar en función de qué va hacia las interioridades del ser o hacia el equilibrio de que es dueña la naturaleza que contempla, comprende que ni la exasperación ni el humor negro, como tampoco la soledad, que es el antídoto que muchos utilizan para sortear las dificultades que acarrea el asomarse al existir, pueden ser las que participen de un arte como el suyo. De un arte que resguarda los intereses generales y las preocupaciones individuales con la fraternidad que mueve el universo y sus corrientes volitivas.

Esta obra, *Aurora y Final del día*, reúne poemas sobre el tema del amor de distintas épocas de la vida del poeta (1936-1991), en gran parte inéditos. Este se sostiene y opera con los materiales del tema mediante un movimiento impulsado por una sostenida pasión, por un largo amor impoluto a través del tiempo. La estructura, los signos, la movilidad que va dejando el transcurrir de los años como una fuerza capaz de pasar por encima del tiempo, es la corriente que otorga la fuerza a este libro, que no es sólo uno sino dos libros en uno: *Aurora* o el nacimiento convulsivo del amor y *Final del día*, el recuento de un camino de manos juntas, en que el *eros*, si bien es modificado, sostiene un carácter eminentemente sucesivo, de traslación, de actividad que se materializa en ciertos instantes sin explicación alguna y sostiene el peso de los años. Hemos insistido en que el libro es un testimonio de un largo amor al que el tiempo no ha sido capaz de intimidar por cuanto se trata de un amor sin disonancias. Existe aquí una atmósfera de realidad regulada por el poder de la actividad pura emocional, de contigüidad o sucesión de instancias o símbolos permanentes. En suma: una explicación de un amor humano que, al pasar por todas las buenas y malas circunstancias del mundo, sostiene su materia vital.

Ahora bien, Merino Reyes al suscitar con este libro estas interrogantes, lo que desea dejar en claro es que lo menos que el poeta pretende es dejar atrás la plenitud de la vida, o sea: la realidad puesta a prueba desde el sentimiento junto con palparla al revés y al derecho. Desde sus primeros versos los textos nos acercan a estos puntos de partida y de llegada. Toda esta expresión lírica de *Aurora y Final del día* es, en el fondo, el retrato de la amada perdurable, la que ha sido capaz de vencer las trampas a que nos somete el tiempo.

Cada uno de los poemas que integran la primera parte de la obra son creados por el hablante para servir de acoplamiento indispensable a la naturaleza de este amor, a su descubrimiento y redescubrimiento. Así en “Letanía en blanco”, la fuente del amor es la reivindicación del ser amado por la claridad de su presencia. En cambio en “Niña ausente”, la falta física de ésta provoca en el poeta un estado de menesterosidad que alcanza hasta las cosas. Así el viento, el agua, la Luna, la noche, el campo, son elementos que hacen crecer más la ausencia. También el pueblo, el pueblo de la amada, es otro retablo memorioso del nacimiento del amor: el mudo testigo del sitio de su partida.

Todo el tema de *Aurora* va nutriendo a esta poesía de una percepción de la totalidad de la vida. Se produce de esta manera una corriente presidida por un amor que irrumpe con alardes remotos; la soledad que cae ante “un juvenil azote”; el corazón, marea viviente, agolpa las mortificaciones, golpea con el recuerdo implacable.

En la segunda parte del libro, la que el poeta denomina *Final del día*, surge el hombre de regreso. El querido amor permanente encuentra el término de los afanes y de los extravíos a que lo ha sometido la vida. Es que el hombre, devuelto por los azares de la existencia, halla por fin, lo que amasa su sustancia. Se emancipa de la vanidad, de los ímpetus acosadores, de los oleajes que no han sabido dar respuesta a las marejadas de sus impulsos. Se libera de cuantas tribulaciones la certidumbre ha puesto en su camino para perderlo pues ha encontrado el regazo permanente, vuelve al sitio que amó, que ama y sigue amando.

La obra despliega la vida que ha cobrado su precio al hombre que lucha por restaurar su más alto compromiso, su deuda con el amor que es su mayor guía. Consideremos que ello es como un regreso al *lar* del corazón, una necesidad de verlo -y verse- como siempre lo vio, sin vanos oscurecimientos, pero sin abandonar de pronto aquellas partículas del egoísmo individual que el hombre lleva en sí y desata frente al amor. Dentro de la serenidad en que se contempla, lo que vincula al poeta con esta revelación es que, sin duda, parece comprender qué es lo que humanamente le pertenece, qué es lo que es y qué es lo que no es. Surge entonces el tema de la muerte como otra ave de rapiña, signo de mal agüero que ronda al amor aun cuando comprende que él tiene la fuerza para aislar a los amantes de toda contaminación oscura, como a su vez lo creyó Jorge Guillén. Es que el amor con su facultad de aislamiento, de ensimismar el pensamiento y abrir el corazón sólo para una función, lo sumerge en el olvido de cualquiera otra realidad.

Se intensifica entonces la pregunta por la intimidad del ser y en el hombre la amada vive porque el amor existe como el mayor don, tal como encadenamiento. Es el sentimiento que se sobrepone a la vanidad que portamos sin darnos cuenta y que en la mayor parte de nuestra vida intenta que olvidemos, un estar como si no lo alcanzara el recuerdo o no quiere recordar. De esta forma, viéndose entre el hombre que se mira para descubrir quién es y la revelación que se le produce con el hecho amoroso, el lírico comprende que se halla en medio de una participación tumultuosa y sabe que el juego es estar vivo para la muerte. Estos son los momentos en que el poeta siente que la muerte nos juega la vida a los dados para dejarnos junto a los que se fueron, a donde inevitablemente tendremos que ir. Aun cuando todos los juicios son reversibles, decir que *Final del día*, un poema de diecinueve cantos, es el libro del hombre que regresa al recinto que lo une a la realidad perdurable, no es aventurado. Sobre todo si esta realidad se funda en la búsqueda de la interioridad que experimenta y en la participación en la vida con la esperanza bajo el brazo.

ANTONIO CAMPAÑA

## MALA ONDA

De *Alberto Fuguet*

Editorial Planeta, Santiago, 1992

“Estoy en la arena, tumbado, raja, pegoteado por la humedad, sin fuerzas para arrojarme al mar y flotar un rato hasta desaparecer. Estoy aburrido, lateado: hasta pensar me agota”.

Quien escribe e inicia de este modo su novela es Alberto Fuguet, el joven narrador que ha sido motivo de la preocupación crítica de diarios y revistas del país para ensalzarlo o condenarlo. En efecto, desde la revista *Caras* que ha dicho: “Su literatura es candente, como debe ser todo el arte de un siglo que viene...” hasta el crítico de *El Mercurio* Ignacio Valente, quien ha expresado: “Estamos ante un proceso humano regresivo, de retorno a ciertas formas de barbarie sofisticada que no enaltecen nuestra literatura...”, las opiniones han diferido en cuanto a los valores que dicha narración plantea.

Tal como se puede apreciar en el párrafo inicial, el narrador golpea fuerte en la conciencia del despreocupado lector, quien ajeno al mundo del protagonista de la novela, lee estupefacto el relato en primera persona del joven Matías Vicuña que revela su postración existencial máxima, utilizando toda la jerga que ha creado la juventud para comunicarse.